

que él no llegó a conocer, anhelo de un territorio hecho de ternura, abrigo, alimentación, caricias, territorio al que no tuvo acceso por decisión absoluta de su madre-cloaca que amenazó destruirlo desde el momento en que empezó a vivir. Busca en Alejandra la madre buena que no tuvo, la fusión, la simbiosis amorosa, el sosiego, la paz que proporciona el hecho de ser aceptado. Si el hombre, a menudo, se siente como un extranjero en el mundo, Martín padece doblemente el extrañamiento por ser rechazado por su propia madre. Hay un deseo intensificado de ingresar en un útero materno que lo acepte y difiera todas sus angustias. En ese deseo imposible se da la confluencia entre lo colectivo y lo individual. Martín repite, con su peculiaridad individual, ese sueño del hombre, quizá porque ignora, como decía Cernuda, o no quiere aceptar «que el deseo es una pregunta cuya respuesta no existe, una hoja cuya rama no existe, un mundo cuyo cielo no existe».

Conocemos a la madre de Martín por sus evocaciones. Estas proporcionan una imagen terrorífica que podría condensarse en la palabra compuesta con que se refiere a ella: madre-cloaca. Visión que se corresponde con la mítica de la infancia de Martín. Su madre es su ánima negativa, su figura interior femenina, que lo lleva a pensar en el suicidio. Jung dice al respecto:

En su manifestación individual el carácter del ánima de un hombre, por regla general, adopta la forma de la madre. Si comprende que su madre tuvo una influencia negativa sobre él, su ánima se expresará con frecuencia en formas irritables, deprimidas, con incertidumbre, inseguridad y susceptibilidad (...).

Dentro del alma de tal hombre la figura negativa del ánima-madre repetirá interminablemente este tema: «No soy nada. Nada tiene sentido (...). Tales estados de humor sombrío pueden, incluso, inducir a un hombre al suicidio, y en tal caso el ánima se convierte en un demonio de la muerte» (5).

Todo esto es aplicable al ánima-madre de Martín.

LA MUJER-DUAL

Alejandra no favorece ese espíritu regresivo que caracteriza a Martín, por el contrario, facilita su proceso de individuación.

Martín, adolescente, quiere perpetuar el mundo parcializado de la infancia. Tiene necesidad de una mujer que se corresponda con una

(5) Jung, Carl: *El hombre y sus símbolos*, Ediciones Aguilar, 1979, p. 178.

madre totalmente espiritualizada y bondadosa que repare los daños infligidos por su madre carnal.

Alejandra contribuye al crecimiento de Martín porque no ofrece una imagen idealizada sobre la que se pueda proyectar una ilusión destructiva, esa que Jung ejemplifica con un cuento siberiano en el que un cazador acude al llamado de una mujer hermosa y cuando está cruzando el río que lo acercará a la orilla donde ella se encuentra, la mujer se burla de él metamorfoseada en búho y el cazador muere en las aguas frías. Cuento que el psiquiatra suizo interpreta como un símbolo de un irreal sueño de amor, felicidad y calor maternal, un sueño que atrae a los hombres alejándolos de su realidad, que los incita a perseguir una fantasía que no se puede satisfacer.

Martín, cuando contempla a Alejandra dormida puede integrar las partes escindidas, encontrarlas en un mismo ser:

Pero él (trataba de ordenar su caos), pero él había dividido el amor en carne sucia y en purísimo sentimiento, en purísimo sentimiento y en repugnante, sórdido sexo que debía rechazar, aunque (o porque) tantas veces sus instintos se rebelaban, horrorizándose por esa misma rebelión con el mismo horror con que descubría, de pronto, rasgos de su madrecama en su propia cara. Como si su madrecama, pérfida y reptante, lograra salvar los grandes fosos que él desesperadamente cavaba cada día para defender su torre, y ella como víbora implacable volviese cada noche a aparecer en la torre como fétido fantasma, donde él se defendía con su espada filosa y limpia. ¿Y qué pasaba, Dios mío, con Alejandra? ¿Qué ambiguo sentimiento confundía ahora todas sus defensas? La carne se le aparecía de pronto como espíritu, y su amor por ella se convertía en carne, en caliente deseo de su piel y de su húmeda y oscura gruta de dragón-princesa (...). Y lo más extraño de todo era que él quería a ese monstruo equívoco: dragonprincesa, rosafango, niñamurciélagos. A ese mismo casto, caliente y acaso corrupto ser (...) (6).

Alejandra ofrece la imagen de la mujer dual. En su interior combaten encarnizadamente el cielo y el infierno de todo ser humano. Alejandra rechaza la posibilidad de una integración dialéctica de ambos dentro de sí. Como un personaje trágico, no puede luchar contra la fuerza de su moira. Está predestinada a la unión con las potencias infernales. Ya en su infancia posee atributos propios de lo subterráneo y demoníaco. De niña era «violenta y duramente pensativa, como si sus pensamientos no fueran abstractos, sino serpientes enloquecidas y calientes». Finalmente sucumbirá y entonces de poseer atributos

(6) Sábato, Ernesto: *Sobre héroes y tumbas*, Editorial Seix Barral, 1981.